

### Santiago Delgado

¿Han oído hablar de la Filología? Algo, ¿no? Pues la Filología es a lo que se dedican las gentes de Letras; pero los de Letras-Letras; lo más genuinos, vamos: los filólogos. Yo, en mi modestia, soy filólogo. Aficionado, claro. Licenciadillo en Románicas, extinta especialidad universitaria.

Bueno, pues lo filólogos tienen por misión en la vida buscar el origen y desarrollo de las palabras. Sí, de las palabras. Por eso descubrieron que «oreja» viene de «aurícula», y cosas así. Sucede que uno de los misterios más profundos de la Filología fue, durante mucho tiempo, el origen de la palabra «Murcia». Sí, sí, el nombre de nuestra Comunidad Autónoma y capital. Les resumo el «estado de la cuestión»:

Más o menos desde tiempos románticos se creyó que Murcia venía del árabe. Mursiya, dicen los festeros de «Moros y cristianos». A propósito, Mursiya hay que leerlo «Múrsia», y no Mursilla. Apréndanlo y háganlo aprender a los demás. Múrsiya querría decir en el idioma de Ibn-Arabí, embarcadero o amarradero del río. Pero no. Resulta que en árabe todo empieza por «Al». Y así deberíamos de haber dicho «Al-Mursiya»; como Al-Andalus. Además, hubo un moro historiador, Yaqut, que dejó escrito que el nombre de Murcia ya estaba cuando fundaron la ciudad en el 825.

— Oiga, cuanto rollo, ¿no?

— Hombre, tenga usted paciencia; que ya llegamos.

— ¿A dónde?

— A Murcia, claro.

Así, Menéndez Pidal, un sabio, dijo que Murcia venía de Múrtida, que aplicado al agua, quiere decir podrida, con perdón; por las aguas que se estancarían en el valle medio del Segura cuando no había pantanos.

— Que feo, ¿no?

— Sí, pero es que la Filología descubre cosas así. Ella no tiene la culpa.

— Ah...

Pero no. Los sabios modernos dicen que no. Múrtida, en castellano hubiera acabado dando Murcia, sí. Pero resulta que cuando el primer castellano asomó su fiero ceño por la ciudad, Múrsiya ya existía como nombre desde hace 400 años.

— O sea, que Murcia no es nombre español.

— Español sí, castellano no. No confunda, ¿eh?

— Entonces qué era...

Era mozárabe. Y si en castellano prescindieron de la «d», en ese idioma de los hispanos del sur, amigos y compañeros de los árabes no hicieron tal desprecio. Por eso, si Murcia viniera de Múrtida, hubiéramos dicho hoy algo así como Múrchida.

Murcia viene del latín Murtea o Myrtia, que quiere decir lugar de mirtos, o lugar de la diosa Myrtia. Todo ello sin que el castellano intervenga para nada.

— Entonces, el nombre de Murcia, de moro... nada.

— Sí, algo. Los moros recogieron Murcia, pronunciaron Múrsiya, y con ello evitaron que se derivase hasta Murza o Murta, o algo así. Los castellanos, sobre Múrsiya, rehicieron Murcia.



— Pero... ¿cómo se sabe eso?  
 — Porque hay otras Murcias por España.

— Pero también podían ser moras, ¿no?

— No, porque están en tierras del norte, que nunca pisaron moros. En plenos Picos de Europa hay un Pico-Murcia, por ejemplo.

— Ya, y allí no dejó Don Pelayo pasar a los moros...

— Eso es. Además, en la Sierra de Cameros, en La Rioja, también hay topónimos con este étimo.

— No se ponga usted estupendo.

Topónimo, nombre de lugar; y étimo, palabra origen de otra. En Cameros hay siete. A saber: Huerta Murcia (3), Huerta de Murcia, Fuente de los Espinares de Murcia, Valdemurcia y Fuente Murcia.

— ¿Los ha visto usted?

— A todos no. A tres de ellos sí.

— ¿A cuáles?

— A Huerta de Murcia, en Gallinero de Cameros; a Fuente de los Espinares de Murcia, en Muro en Cameros; y a Valdemurcia, en Santa María en Cameros.

— Ya, y lo va a contar aquí, ¿no?

— Eso es, escuche.

El río Ebro recibe por la derecha y en La Rioja, entre otros, a los afluentes Iregua, Leza y Cidacos. Más o menos, las sierras por las que nacen y discurren tales ríos forman la Tierra de Cameros.

— ¿Y qué significa Cameros, usted que es filólogo?

— Cántabros-berones. O sea, las tribus celtíberas del alto Ebro, que se llamaban a sí mismos berones. De Cántabros-berones se pasó a camberones y de ahí a Murcia.

— Qué bárbaro, qué manera de abreviar.

— La Rioja, antes de los romanos se llamaba Beronia.

— Bueno, siga, siga...

Pues la Tierra de Cameros fue siempre tierra aislada, despreciada por los invasores todos. Aun hoy, poca gente lo habita y no hay mucha prosperidad por allí. Santa María en Cameros, por ejemplo, donde se halla Valdemurcia, es un pueblo abandonado y derruido. En 1900 tenía 102 personas. En 1970, ninguno.

Así pues, la latinidad del término Murcia parece incuestionable: si en Cameros de La Rioja hay lugares que se llaman Murcia es que tal palabra la trajeron los romanos. Pero... ¿en Cameros no hubo moros? Ernesto Reiner Muller, citando a Luis Vicente Elías en «Apuntes de Etnografía Riojana», dice: «Según la tradición, en este lugar (Muro en Cameros, donde están Los Espinares de Murcia) hubo antiguamente unas casas habitadas por moros, que las abandonaron tras la pérdida de la batalla de Clavijo (844). Y que, al marcharse, por no cargar demasiado, y como tenían intención de volver con la ayuda del moro Muza, enterraron aquí sus tesoros».

— O sea que algunos moros parece que hubo, ¿no?

— La cosa suena a leyenda romántica (S. XIX), y es muy común en toda España. No tiene mucha credibilidad. Además, poco tiempo les daría a los moros de sólo una o dos generaciones a poner tantos topónimos.

— Y si están en la sierra, de embarcaderos nada...

— Claro. Pero tampoco parece que de mirtos haya mucho en aquellas alturas, alrededor de los 1.400 metros. De la diosa Myrtila nadie se acuerda por allí, claro.

— Entonces, ¿qué?

— Puede que se trate de un caso de traslación semántica.

— ¿Mande?

— Una palabra que teniendo dos significaciones simultáneas, pierda una. Murcia pudo significar lugar húmedo donde hay mirtos, y que luego quedará sólo como lugar húmedo. Así, por ejemplo, seguimos llamando «ensalada» a un plato con lechuga, tomate, atún olivas... aunque no lleve sal.

La Huerta-de-Murcia —pronunciada así, de corrido— es una calva de hierba gramínea, en el bosque de roble y hayedo, situada en una cima de las que rodean a Gallinero de Cameros. Se trata de un lugar de esparcimiento para los habitantes de Gallinero. Es de suponer que el agua, cuando llueve, no corre libremente por la campa. El entramado herbáceo la retendrá formando un encharcamiento inapercibible a la vista, pero comprobable al paso del caminante. El peregrino filólogo y su compañera llegaron a Gallinero bajando desde el soriano Puerto de Piqueras. De allí nacen el Iregua y el Leza. La carretera Soria-Logroño escoge el Iregua y llega hasta Pradillo, con un bonito puente medieval reconstruido. Desde allí, una carretera de un solo cuerpo lleva hasta Gallinero de Cameros. El bosque cierra a ambos lados del camino, que aboca en el pueblo. Allí, unos operarios trabajan en el casetón que contendrá la depuradora. El pueblo sube en cementadas rampas con pendiente de vértigo. El auto del filólogo asciende sin miedo hasta una pared en la que un ciudadano de Gallinero, numerario de la tercera edad, toma el sol, con rojo jersey, pantalones beig con raya de plancha, sombrero y bastón.

— Buenos días. ¿Es usted de aquí?

— Buenos días. No, pero llevo muchos años...

— ¿Sabría usted decirnos dónde hay un sitio, cerca del pueblo, llamado Huerta de Murcia?

— Sí, La-Huerta-de-Murcia... por allí —señala el nativo—.

En esto, de la casa de enfrente, apartando una persiana-cortina de cuentas ensartadas sale una señora. Rubia teñida, aparenta una edad menos que el hombre.

— ¿La Huerta de Murcia...? Sí, hay que bajar hasta la entrada del pueblo y coger el camino sin asfaltar, a la derecha. Hay que seguirlo, y luego, cuando cierran las hayas, coger el camino de la izquierda.

— Ah, muchas gracias. ¿Y sabe usted por qué le dicen La-Huerta-de-Murcia?

— Pues... no sé. Es dónde se va a merendar, cuando las fiestas. Es un prado, al otro lado de ese monte está.

La señora, brazos en jarras, se decide a preguntar.

— ¿Y ustedes, de dónde son?

— De Murcia... venimos por la coincidencia del nombre.

— Ah..., mira! Un hijo mío está en Santa Pola.

La señora, blusa blanca con estampaditos, quiere contar su vida a los inesperados visitantes. Hay ganas de hablar. En un pueblo tan a trasmano, claro...

Los peregrinos filólogos bajan del pueblo con su coche, y enfilan el camino de piedras sueltas que les llevará hasta La-Huerta-de-Murcia. Tras perderse por algún cruce, y recordando las instrucciones de la dueña, consiguen arribar al prado. La presencia de un bote de Coca-Cola arrugado asegura que se trata de ese «lugar de meriendas» para la gente de Gallinero.

La carretera de Logroño sigue acompañada al Iregua hasta el desvío de Al-

marza. El monte es ahora pelado, recuerda al sur. Los peregrinos rememoran las palabras del anciano al sol:

— Hace tres meses que no llueve. Casi no hay ciruelas, ni endrinas.

El paso de Iregua al Leza se hace por el Puerto de las Rasas (1.467 m.). La vertiente del Leza es muy seca, más desolada que la del Iregua. El ganado vacuno y caballar se acumula en estáticas agrupaciones mixtas, en los altos de la sierra; seguramente para no perderse ningún posible viento, que palie el calor de julio. Únicamente los rabos se mueven rítmicamente, en desacompasado vaivén.

Apenas cruzar la divisoria de aguas, y tras algún kilómetro bien asfaltado por la competencia autonómica, aparece el iglesia de Muro en Cameros, a la derecha de la carretera.

En plena esquina de la torre de la iglesia, un grupo de veteranos y de veteranas, muy animados y sentados en sillas plegables de playa, hacen tertulia. Son veraneantes. Se les nota la ciudad en el vestir y en las maneras. Pero también emanan el buen gusto por la tranquilidad y el fresquito de la sierra. Son mujeres y hombres. Una de ellas, de pelo blanco y vestido blanco y azul, acaso a lunares pequeñísimos, tiene en sus manos «Nubosidad Variable», de Carmen Martín Gaité.

El peregrino abre la ventanilla y pregunta:

Los contertulios tapan todo el paso al pueblo con sus sillas.

— Buenos días— contestan los más lanzados. La mujer de la novela toma la iniciativa:

— Pero si quieren ver el pueblo, es mejor que aparquen aquí.

El peregrino, obediente, aparca donde le dicen, y desciende. Su mujer también.

— ¿Saben ustedes un lugar por aquí cerca que se llama «Fuente de los Espinares de Murcia»?

Los aludidos, tomados por sorpresa, deniegan con la cabeza. Hay algo de consternación en no poder servir a los recién llegados. De pronto, uno de ellos salta con algo de alborozo.

— Si... Los Espinares de Murcia, claro. Allí, detrás de la tejera...

El Señor José, que así se llama quien recordó el paraje, se levanta y se hace acompañar del peregrino hasta entrar unos metros en el pueblo. El Señor José utiliza un tuteo sugerente y amigable, de muy buenas vibraciones. El peregrino, en cambio —más tibio— guarda con él un equilibrio respetuoso que elude la segunda persona.

Mientras tanto, la mujer del peregrino se ha quedado hablando con el grupo. Se entera de que la señora de la novela es de Cádiz, aunque casó con vecino de Cameros.

Los Espinares de Murcia es una loma repleta de monte bajo, de espinos claro, salpicada de familias de robles... y de calvas alfombradas de gramíneas, al igual que en Gallinero. Los mugidos de las vacas escondidas por el monte y el ladrido de perros lejanos ponen algo de susto en los peregrinos. Muro se ve a lo lejos, en medio del páramo de Cameros.

La carretera que baja por el río Leza es de rango muy inferior a la del Iregua. Los peregrinos comprueban que el río Leza está seco. Un cauce de piedras se deja ver, a trechos, desde la carretera.

Los peregrinos comen en San Román de Cameros. Allí se enteran de qué cosa es un escriño. En la casa de comidas ven un cartel donde se anuncian clases para aprender a confeccionarlo. Se trata de un

cesto tronco-cónico, tamaño costurero, con tapadera. La materia es de paja, mimbre y cáñamo, y en ellos se guarda el salvado del trigo. En San Román sólo los hace el Señor Saturnino, el Callejero.

Los peregrinos ascienden por las cementadas cuestas y descubren el monumento a Simón de Agreda, prohombre del lugar, que construyó escuelas en Cameros. El busto de Don Simón presenta un hombre de frente despejada y rotunda melena, al que le asoma un niño por la botonadura de la levita. En la pared de la plaza-mirador donde se halla ubicado el monolito con el busto, hay un soneto, algo ripioso, que canta las glorias de Don Simón. En la otra pared hay una enorme canasta de baloncesto.

Encima de esta plaza está la iglesia, con mirador también, y zaguán con voladizo recién reconstruido. Los peregrinos se sientan a su sombra. Luego bajan. En la primera calle hay una señora sentada a la puerta de su casa. Viste de claro —las viejas de España ya no visten de negro— lleva gafas. Mira a los peregrinos y se adivina que está deseando que le pregunten algo. Los peregrinos la saludan y le piden razón del camino a Santa María de Cameros. La señora les informa, pero desconoce lo de Valdemurcia. A cambio, les hace saber que una prima suya, que ahora está en Logroño, vive en Murcia.

Santa María es pueblo abandonado y derruido, que se encuentra al final del camino perpendicular al río Leza, desde San Román. Un furioso remolino de tierra, heraldo de la sequía, se cruza violento delante mismo del coche de los peregrinos, como una advertencia de los espíritus de la deshabitada población.

Santa María tiene una perspectiva rotunda, desde el camino que viene de San

Román. Sus ruinas, alzadas desde el torreón-iglesia que domina al pueblo, imponen por lo señorial y desolado. Se elevan sobre un cerro flanqueado por dos torrentes, que cierran, aparentemente, el camino de llegada desde el cauce del Leza. Hay un tercer arroyo, que aboca también debajo del cerro. El primer arroyo se llama San Antonio, el segundo Antoria y el tercero es Valdemurcia, según Ernesto Reiner en su «Viaje al Camero Viejo», una preciosidad de libro que el peregrino se compró en Logroño.

El paisaje aparece salpicado de las famosas «calvas de gramíneas», que deben retener el agua de lluvia, formando inadvertidos charcos. Un poco más abajo de la confluencia de las tres aguas quedan éstas capturadas por una obra hidráulica de reciente construcción. El agua aparece muy limpia y transparente en el pequeño pantano. La sensación de soledad se ve acompañada por el desasosegante espectáculo de las ruinas de Santa María, allá arriba, en el cerro. Los peregrinos filólogos echan su foto y consideran cumplida su peregrinación.

Ninguna señalización advierte de la «Murcias» de La Rioja. Los habitantes que conocen su existencia, y han «vivido» esos lugares, van a llevarse con ellos su recuerdo y su ubicación. ¿Costaría mucho concertar con el gobierno autónomo de La Rioja instalar unos monolitos para señalar esos parajes? Murcia defendería así, un poco, su historia; es decir, justificaría un poco más su causa de ser.

Los peregrinos filólogos cumplieron su misión: comprobaron in situ, no es un mapa, que existen «Murcias» en La Rioja. Se vuelven contentos, sin subir a Santa María, defendida por espíritus en forma de remolinos.